

RELATO Y PETICIÓN

Padre Pedro José Ynaraja Díaz

Leí hace algo más de 50 años una obra que resumo.

“El escenario es único siempre. Una mansión oscura iluminada por una bombilla de poco consumo. En ella están tres personas. Dos mujeres enlutadas y un varón que de acuerdo con la sotana que viste, también va de negro. Los tres son hermanos.

Un familiar murió y de acuerdo con criterios propios, viven reclusos, saliendo del recinto alguna de las mujeres, exclusivamente para proveerse de lo más necesario. El clérigo está imposibilitado, pasa el día en una silla de ruedas, pero su silencio no es trágico. Habla poco y sereno. Rico de Fe, no oculta su Esperanza.

Las mujeres sufren desengaños, miedo y suspicacias y lo ven todo oscuro, lejano, malo, no así el sacerdote, ahora bien, su situación no le permite enfrentarse a sus hermanas, pues de ellas depende totalmente.

Reciben la noticia de que vendrá una sobrina. A ninguna de las dos mujeres le ha hecho gracia. Saben que está enamorada de un casado, es adúltera, ensucia, pues, el honor de toda la familia.

Llega la atractiva mujercita. Ellas se limitan a las estrictas palabras de costumbre, nada de besos y abrazos. El sacerdote, que apenas puede moverse, la mira con cariño y la abraza. Ella le dice por lo bajo que desea hablar con él a solas. Será difícil, le contesta el cura. Procure conseguirlo, le suplica ella.

Al fin pueden estar a solas y llorando le cuenta que ha venido buscando una respuesta, más bien una solución. Ama a un hombre con ternura y con un deseo pasional que no es capaz de dominar. Con sinceridad, tampoco lo quiere conseguir. Pese a que esté casado no puede resistir el cariño que en su corazón siente por él ¿puede darle una respuesta?. ¿Dios la condena o puede ofrecerle alguna salvación?.

Hace diez años que estoy así, responde el sacerdote. Siempre he soñado que aunque viva imposibilitado, alguien, algún día, vendría aquí, me pediría ayuda y yo podría prestársela. Hoy vienes tú y no puedo darte otra respuesta que la oración que yo dirigiré a Dios por ti y suplicarte que tú también reces...”

Se escribió este argumento hace muchos años, pero parece anclado en el hoy de cada día. La pobreza evangélica a veces es incapacidad de otra ayuda que no sea la plegaria y hay que aceptarlo con humildad. ¿qué se hizo de la adúltera presentada a Jesús y que debía, de acuerdo con la ley, ser lapidada? ¿qué fue de la samaritana anónima encontrada junto al pozo de Jacob?

He titulado este escrito: relato y petición. Solicito ahora a los lectores que puedan haber leído esta obra que he resumido, que si saben el título, me contesten. Perdí el libro y desearía tenerlo. ¿alguien tendrá la amabilidad de contestarme?

-me parece que en el caso de usted será mejor que suprima el último párrafo, pensando en desconocidos. de todos modos, como siempre, haga lo que mejor le parezca-

